

Alfonso Reyes Hispanista,

con especial referencia a la
lectura de Cervantes y de
El Quijote



ADOLFO CASTAÑÓN

1 | ALFONSO REYES HISPANISTA

Desde su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1910), Alfonso Reyes (1889-1959) aparece dueño de sus armas: gracia, prosa nerviosa y rotunda, afición de Grecia y atracción informada hacia la cultura hispánica. “La estética de Góngora” y “De los proverbios y sentencias vulgares” son como las puntas del compás inicial de ese “niño brillante” —un jovencillo de veinte años— como se llama a sí mismo Reyes en 1955, al dar noticia cuarenta años después de este primer libro. Dos puntas, dos amores inaugurales: Góngora y los refranes, vale decir la lengua popular que lo acompañarán toda la vida, dos puntas convergentes en un tercer texto, que dedica a la que él llama “novela perfecta”: *La cárcel de amor* de Diego de San Pedro. Reyes se mueve con soltura y seguridad en el paisaje cultural y literario hispánico medieval y renacentista.

Se mueve con olfato y capacidad para renovar los asuntos que estudia. Margit Frenk, la reconocida hispanista mexicana y editora del *Corpus* y del *Nuevo Corpus de la lírica popular hispánica* (2003), al recibir el Premio Alfonso Reyes en noviembre de 2006 expresa con feliz gratitud las coincidencias existentes entre sus descubrimientos e ideas y las de Alfonso Reyes. Subraya, por ejemplo, cómo la formación de los proverbios [interviene] en el sentimiento lírico, y dice: “Lástima que don Alfonso Reyes no hubiera llegado a leer mi trabajo, que le habría gustado, porque en él mostraba yo que muchos refranes no sólo tenían aire de canción, sino que de hecho se cantaban, que eran a la vez canciones”. La otra coincidencia sobre la ideología

de los refranes, por llamarla de algún modo, tiene que ver con la falta de utilidad y la ausencia de una moral edificante y de enseñanza doctrinaria de estas formas de expresión sentenciosa, que según Reyes son, en primer lugar y ante todo, cosa más de arte que de ciencia: “Los refranes son manifestaciones estéticas, lástima que se empeñan en darles otra justificación”.

¿Hace falta explicar que cuando Alfonso Reyes llega a España en octubre de 1914, muy pronto se encontraría como pez en el agua en

Madrid y en el Centro de Estudios Históricos y que, al tener que abrirse paso por sí mismo, las puertas de la ciudad literaria se le franquearán de par en par?

Desde que llega a Madrid, en octubre de 1914, acogido por el escritor peruano Ventura García Calderón, entra en contacto con una red de escritores, estudiosos, filólogos y lectores españoles, o avecindados en España. Hace amistad con Antonio G. Solalinde, José Moreno Villa, Américo Castro, entre otros, desde el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal (1869-1968). Por cierto, éste lo sobrevivirá y fue uno de los últimos corresponsales de quien recibió carta en su lecho de

muerte. Con Menéndez Pidal, prepara una edición moderna del *Poema del Mio Cid*. Esta edición tendrá no poca fortuna editorial, con ella se inauguró la “Colección Universal” de Espasa Calpe y ha conocido más de veinte ediciones. Más allá o más acá de esa historia editorial, la figura de El Cid campea a lo largo de toda la obra de Alfonso Reyes en virtud de la identificación que éste practica entre la figura de su padre, el general Bernardo Reyes y Ruy Díaz del Vivar. Esa cifra de su padre se reitera a lo largo de su obra. La interiorización del Cid cunde por ella como una contraseña de ese hidalgo independiente que, para hacer valer el derecho, se enfrenta al rey y salva a las leyes de las manos del poder. Dice el propio Alfonso Reyes sobre este texto que funda la literatura española:

Me cupo la honra —siendo un mero huésped de España— de inaugurar esta célebre colección [Clásicos universales de Espasa Calpe], y de cuidar el texto del altísimo documento poético, acompañándolo de un prólogo y una prosificación moderna que ha corrido con suerte, pues el tomo ha alcanzado ya muchas ediciones (de diecisiete tengo noticias) y se lo usa para objetos escolares en todos los países de nuestra lengua; por lo cual, sumo maestro de los estudios cidianos y venerado maestro mío, don Ramón Menéndez Pidal, quiso honrarme recientemente llamándome “Difundidor del Cid” en dedicatoria privada a su opúsculo “Fórmulas épicas en el Poema del Cid” (*Romance Philology*, III, N° 4, mayo de 1954).

No olvidaré la tarde en que nos reunió Américo Castro, y Manuel G. Morente —que había de dirigir la Colección de la editorial recién fundada— tendió en el suelo un montón de libros franceses que podrían servirnos de ejemplo, y allá, de rodillas nos dimos a escoger el tipo de los tomitos proyectados. Poco después, la buena fortuna llamó a mi puerta y se me hizo saber que sería yo el encargado de dar el primer paso en la nueva empresa, y nada menos que siguiendo la huella del Cid, como si yo mismo fuera uno de aquellos “bachilleres pobres” que él reclutó bajo su bandera. El *Cid* ha ocupado siempre mi mente. En 1918, escribí una página, “El mayor dolor de Burgos”



(*Las vísperas de España*) sobre el momento en que los burgaleses niegan posada al Cid. En los sonetos del *Homero en Cuernavaca* (1948-1951), hay uno, “De mi padre”, en que confieso cómo la figura de Don Rodrigo se asocia para mí a los más caros recuerdos (Reyes, “IV Historia Documental de mis libros (1955-1959)”, en *Obras completas*, tomo XXIV: 247.).

En esa década vertiginosa de Madrid que va de 1914 a 1924, el entusiasmo llamado Alfonso Reyes colabora en diarios madrileños como *El Sol*, pero, sobre todo, en revistas especializadas como *Revista de Filología Española* de Madrid; ahí ensarta diversas colaboraciones sobre Góngora (“Góngora y la gloria de Niquea”, 1915; “Contribuciones a la bibliografía de Góngora” —en colaboración con Martín Luis Guzmán y Enrique Díez-Canedo— 1916-1917; “Reseña de estudios gongorinos”, 1913-1918; “Cuestiones gongorinas”); Pellicer en las cartas de sus contemporáneos; Calderón de la Barca, “Un tema de *La vida es sueño*” (1917); escribe sobre Gracián (1915), Mateo Rosas de Oquendo (1917); además de redactar numerosas notas entre las que sobresalen las que publica en la revista de *Filología española* de Madrid sobre Miguel de Cervantes. Hace además cuidadosas ediciones con estudios y notas para el *Libro del Buen Amor* (1917) de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; para Quevedo, *Páginas escogidas* (1917); y Lope de Vega, *Las aventuras de Pánfilo*, *El peregrino de su patria* (1920), así como el prólogo al tomo I de su *Teatro* (1919).

Ese hispanismo raigal no lo desvía de un vivo interés nacional, y como para él no hay intermitencia entre literatura hispana y literatura novohispana, el criollo mexicano Juan Ruiz de Alarcón será también objeto de su atenta mirada, junto con Fray Servando Teresa de Mier. De éste último editará y prologará algunas *Páginas escogidas* (1917) y de aquél *Los pechos privilegiados* (1919). Muchos de estos textos, ensayos y artículos están recogidos en el tomo VI de las *Obras Completas: Capítulos de Literatura Española, Primera y segunda series*, preparado en 1957 todavía por él mismo y que tiene, como dice, un carácter testimonial.

Pero es la figura y la obra del alto poeta cordobés, Luis de Góngora, la que cautivará a Alfonso Reyes desde su primer libro hasta, por así decir, sus últimos días. El tomo VII de las *Obras completas* del polígrafo mexicano

dedica 250 páginas de sus 525 al estudio del autor de las *Soledades* e incluye los ensayos: *Cuestiones gongorinas* (redactadas en Madrid entre los años de 1915 y 1923); “Tres alcances a Góngora” (leído en Buenos Aires en 1928) y “Lo popular en Góngora” (escrito en Buenos Aires y publicado en México en la revista *Ruta* en 1938) —una de las piezas mejor fraguadas de la vasta ensayística alfonsina—, así como el conocido ensayo sobre “La estrofa reacia del Polifemo” (escrito en México en 1954 y publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* de El Colegio de México, VIII, núm. 3 [293-306]). Más allá de ese tomo séptimo preparado por el propio autor, las *Obras Completas* incluyen en el tomo XXV uno de los últimos trabajos del escritor regiomontano: *El Polifemo sin lágrimas, libre interpretación del texto de Góngora*, trabajo inconcluso que emprendió en sus últimos años y que de hecho lo acompañó en forma delirante durante uno de sus infartos. Este ejercicio libre está dedicado “a Dámaso Alonso, maestro de toda exégesis e interpretación gongorina”¹.

A su vez el intérprete español reconoce en *Góngora y el Polifemo* que “el gran hombre de letras mejicano expone magistralmente las dificultades de esta estrofa XI y las diversas soluciones propuestas: páginas que deberán leer todos los que quieran conocer a fondo el problema”².

A todo ese bagaje gongorino hay que añadir la nutrida correspondencia que Alfonso Reyes sostuvo en los años madrileños con el hispanista Raymond Foulché-Delbosc, y que fue publicada en México en la revista católica *Abside* (en 1955 y 1956), dirigida por los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte.

Alfonso Reyes entrevera en una sola malla, invariablemente urdida con gracia y humor, lo erudito y lo contemporáneo, lo arqueológico y lo actual. Así, al mismo tiempo que se hace amigo, por así decir, de los escritores del Siglo de Oro español; estudia en vivo, se relaciona y simpatiza con Azorín, Eugenio D’Ors, José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna. Con Juan Ramón Jiménez y Enrique Díez-Canedo compartirá la dirección de la preciosa serie de cuadernos *Índice*.

1 “Alfonso Reyes y las lágrimas de Polifemo” (*Revista de la Universidad*, Nueva Época, núm. 41, julio 2007, [26-35]), se titula un acucioso y penetrante ensayo que el erudito, crítico y poeta mexicano José Pascual Buxó ha publicado recientemente para recapitular las estaciones críticas de Reyes en su relación con Góngora.

2 *Góngora y Polifemo* (Sexta edición, 1974, Tomo III: 89), citado por José Luis Martínez en la Introducción al tomo XXV: II.

DESDE ESAS FECHAS REMOTAS DE FINES DEL SIGLO XIX HASTA LA REDACCIÓN DEL ENSAYO “QUIJOTE EN MANO” EN 1947, REYES HA TENIDO TIEMPO DE LEER Y RELEER VARIAS VECES EL QUIJOTE Y OTRAS PÁGINAS DE CERVANTES, Y DE MEDIRSE CON ÉSTE

En Madrid se ha hecho amigo del viejo poeta mexicano nacionalizado español Francisco A. de Icaza, quien le abre las puertas de su biblioteca y de su agenda. La peculiar concepción que tiene Reyes de la unidad de la civilización lo lleva a asomarse a su propia cultura y geografía desde el balcón de la red hispánica y latina. Así, escribe *Visión de Anáhuac* (1919), que publica en Costa Rica en 1917 y reedita en Madrid en 1923: desde el mirador de la prosa de los cronistas como Bernal Díaz del Castillo y el propio Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación*, Reyes sabe crear en *Visión de Anáhuac* un tenso y animado cuadro de costumbres que tan pronto aparece como poema y tan pronto se resuelve como ensayo, dejando al lector invariablemente suspendido y en comunión con el asombro.

Reyes fue a lo largo de los años un asiduo estudioso de Gracián. Y algo más: un imitador ocasional, consciente de sus modos y modales. No sólo escribió en diversas ocasiones sobre el autor del *El Oráculo* sino algunas veces desde él, como en aquel artículo en que polemiza amistosamente con Azorín sobre “La actualidad de Gracián”, donde sin dejar de esforzarse en conservar las palabras y conceptos de Azorín “lo más fielmente posible”, busca darle a “todo ello la forma de diálogo, de que tanto gusta Gracián”³.

Alfonso Reyes no veía al Siglo de Oro y a sus actores como algo externo y ornamental. No contemplaba “los toros desde la barrera”. A él mismo le gustaba mirarse como un diestro que, cuando era necesario, le entraba al quite en la arena.

Seguirá frecuentando a lo largo de toda su vida la literatura española, pero, desde antes y a partir de la fundación y presidencia de la Casa de España en

México (1937), luego de El Colegio de México (1940), su vocación de hispanista se verá obligada a dar un vuelco hacia la práctica. Ya no sólo ha de leer a los autores españoles clásicos —del Arcipreste a Galdós pasando por Bécquer— por placer, ni limitarse al encuentro en la tertulia con los escritores españoles contemporáneos. Ha sonado la hora de darles la mano y tender el brazo ayudante; la hora de la solidaridad y la comunión cívica avivada por la derrota de la República: María Zambrano, Max Aub, Luis Cernuda, son algunos de esos escritores españoles que le ayudan a poner de relieve a través de sus cartas una concepción del hispanismo como solidaridad civil. Otros, como sus amigos entrañables Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, José Gaos, gravitan en torno y retroalimentan a la nueva constelación hispánica creada o, si se quiere, salvada por Alfonso Reyes, ya no sólo en los libros y las letras, sino en el pan y la sal cotidianos.

Al leer algunas páginas de Alfonso Reyes (por ejemplo, las que dedicó a Azorín o aquellas iniciales consagradas a la sabiduría laica de los proverbios y refranes [V. Tomo I]) se tiene la sensación de que está como en su casa en el ámbito de la lengua española: *hábitat*, territorio, pero sobre todo solar, hogar, tierra nativa en la cual él sabe sembrar y disfrutar placer cordial y placer intelectual como hispanista, don Alfonso Reyes es “garbano de a libra”, ser excepcional y complejo en el seno del cual esos dos continentes — el hispánico y el mexicano — dialogan con limpieza⁴.

3 Reyes, Alfonso (1939). *Capítulo de literatura española*. México: La Casa de España en México (p. 316 y 317), citado por Enríquez Perea, Alberto (2007). *Alfonso Reyes/Max Aub. Epistolario, 1940-1959*. Biblioteca Valenciana, Fundación Max Aub. Presentación de Alicia Reyes. Compilación, prólogo y notas de AEP. Valencia (82 pp., más ilustraciones y facsímiles).

4 Una cala antológica del hispanismo de Alfonso Reyes es la que proporciona Héctor Perea en su útil libro *España en la Obra de Alfonso Reyes* (México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 709 pp.). Otras referencias pertinentes son las de Barbara Bockus Aponte, *Alfonso Reyes and Spain* (University of Texas Press, Austin & London, 1972, 206 pp.), y el libro de Jorge Luis Morales, *Alfonso Reyes y la literatura española* (España, Editorial Universitaria, 1980, 193 pp.). También se puede encontrar una exposición analítica de la relación de Alfonso Reyes con la filología románica y el hispanismo en la obra de Robert T. Conn, *The Politics of Philology. Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition* (Lewisburg, Bucknell University Press, London: Associated University Presses, 2002, 222 pp.), en particular en los capítulos II “Reyes’s Canons in *Cuestiones estéticas*” y III “Writing culture from Spain”.

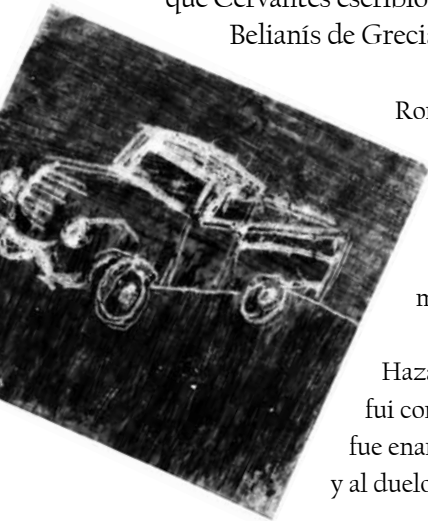
2

EL QUIJOTE Y CERVANTES A TRAVÉS DE ALFONSO REYES

Hay en la biblioteca alfonsina toda una sección de libros de y sobre Miguel de Cervantes en las más diversas ediciones y en volúmenes dedicados a este autor por hispanistas de todo el mundo a lo largo de muchos años. Es como si el centro de ese sistema de simpatías y diferencias literarias hispánicas lo constituyera la médula cervantina con la que Reyes se encontraba tan familiarizado. Dentro de esos libros existe una edición corriente de la editorial Sopena de principios del siglo xx de la famosa novela de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, que presenta una peculiaridad: está dedicada a Reyes por el mismísimo personaje de Cervantes con estas graciosas palabras —muy probablemente fraguadas por el mexicano:

A mi querido amigo y compañero, con todo lo que nos toca en locura, para que recree su entendimiento e inteligencia en estas sin par aventuras de mi portentoso brazo. El famoso y audaz caballero Don Quijote de la Mancha.

La dedicatoria, recuerda, por supuesto, algunas de las que Cervantes escribió, como aquella que le hace “Don Belianís de Grecia a Don Quijote de la Mancha”:



Rompí, corté, abollé, y dije e hice
 más que en el orbe caballero
 [andante;
 fui diestro, fui valiente y
 [arrogante,
 mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazañas di a la fama que eternice;
 fui comedido y regalado amante;
 fue enano para mí todo gigante,
 y al duelo en cualquier punto satisfice.

Tuve a mis pies postrada la Fortuna
 y traje del copete mi cordura
 a la calva ocasión al estricote.

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
 siempre se vio encumbrada mi ventura,
 tus proezas envidio, ¡oh, gran Quijote!⁵

En la infancia, la primera lectura que hace Alfonso Reyes del *Quijote* “data de aquel enorme infolio con las magníficas ilustraciones de Doré [la edición de Balleescá] que hacía mis delicias en la biblioteca paterna. El volumen ‘me queda grande’, y yo tenía, materialmente, que sentarme en él para leerlo” [*Quijote en Mano, Obras*, T. XXI, p. 98].

Esto sucedía probablemente hacia 1895 cuando Reyes tendría alrededor de 6 o 7 años. Entre esa fecha y el mes de julio de 1958, cuando está fechado el artículo “El enigma de Don Quijote” de Mark Van Doren (1894-1972), traducido por Pilar de Madariaga⁶, corren más de sesenta años en que se puede decir que Alfonso Reyes convivió con la novela dedicada a las aventuras del ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*.

Desde esas fechas remotas de fines del siglo XIX hasta la redacción del ensayo “Quijote en mano” en 1947, Reyes ha tenido tiempo de leer y releer varias veces *El Quijote* y otras páginas de Cervantes, y de medirse con éste hasta el punto de reclamarle con insolencia —la palabra es de él— en que haya rebajado a Sancho de su estatura moral idealizada por él: “Cervantes ha matado en mí al Sancho Panza que yo había empezado a forjarme. Le ha quitado su más alto sentido, su valor artístico definitivo y perdurable: el ser el personaje mismo en quien se libra el combate trágico de la obra. Perdón por la insolencia” [“Quijote en mano”, 1947].

El interés de Alfonso Reyes por la novela y por la figura de Don Quijote se puede documentar de diversas maneras: Si bien “no era un cervantista profesional” (como dice Ernesto Mejía Sánchez en el “Estudio preliminar” al tomo XXI de las *Obras completas*, 1981: XXVII), “lo era con permiso de los cervantistas”, según Azorín. Los primeros escritos por Reyes sobre Cervantes, el *Quijote* o alguno de sus rincones (por ejemplo el dedicado al mago “Frestón”) son textos

⁵ Incluido en *Poesía de la Edad de Oro I. Renacimiento*. Edición de José Manuel Blecua. Clásicos Castalia 123. Editorial Castalia, Madrid.

⁶ Editado por el Fondo de Cultura Económica en 1962 y originalmente en inglés en 1958.

indirectos que versan sobre obras que se ocupan de la novela famosa y que él publicó en su mayoría en Madrid, en la *Revista de Filología Española* o en el periódico *El Sol*, entre los años de 1915 y 1919, cuando andaba deambulando con su pluma y lanza libre por las calles de esa ciudad. Estas reseñas, en su mayoría de obras de cervantistas y de lectores de la novela, tienen un múltiple valor: son, desde luego, calas y estimaciones sobre esas obras que se ocupan de algún aspecto de la novela ya sea interno (*El Romancero*, los curas, las mujeres) o externo (*Don Quijote* en Inglaterra); indican, en segundo término, el grado de familiaridad y conocimiento que Reyes tenía de la novela y hasta qué punto dominaba sus pliegues, rincones e implicaciones; señalan, en tercera instancia, el estado del arte crítico de Alfonso Reyes y las variaciones de su experiencia como lector, rindiendo una suerte de retrato al reojo de su fisonomía intelectual y de su prosa misma. Sugieren, en cuarto lugar, cómo la novela se le abre a Reyes como una manera de abanico enciclopédico del idioma que le sirve al escritor para refrescar y reanimar su sentido poético, literario.

Si bien no escribe Reyes en aquellos años ningún ensayo mayor, ninguna cala de envergadura crítica digna de mayor consideración (como le dice él mismo a su amigo J. M. Chacón: “no estoy preparado sobre Cervantes en estos momentos, y temería improvisar en esto más que nada...” [Carta de A. R. a J. M. Chacón, 27 de diciembre de 1916]), le queda claro al lector de estos apuntes escritos casualmente y como al pasar que el escritor, impregnado de lecturas y dueño de un juicio libre y avisado y de una memoria tan veloz como versátil y poliédrica, resulta capaz de producir observaciones atinadas y puntuales sobre aquella materia novelesca y novelada. Al hispanista avisado que fue Reyes no se le podía ocultar ni el lugar que la

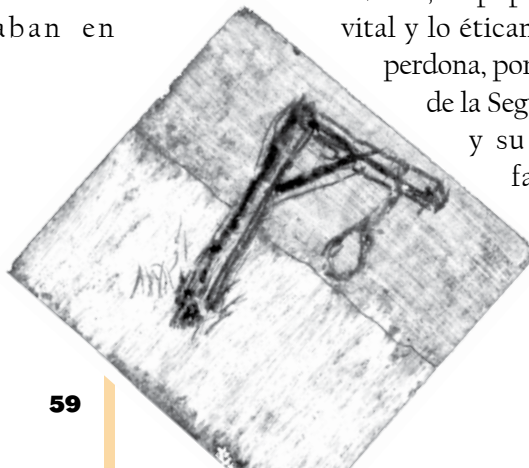
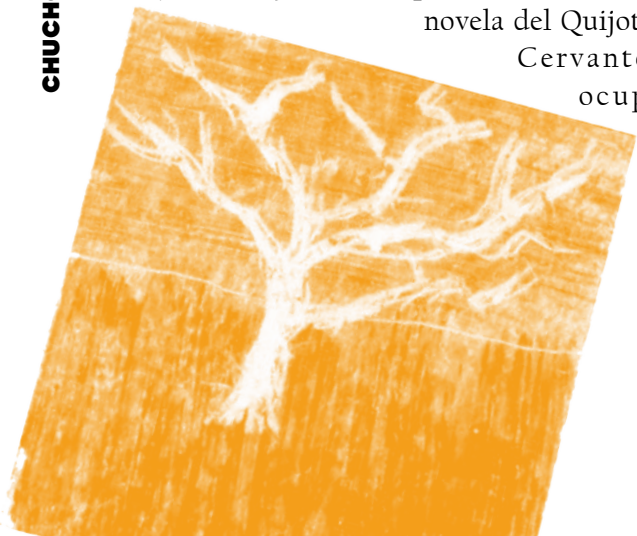
novela del Quijote ni el que Cervantes mismo ocupaban en

el panorama de las letras españolas de su tiempo ni en las del mundo. De ahí que pueda decir con ironía corrosiva: “No es verdad que Cervantes, sentado en los elíseos prados durante varios siglos y repartiéndolo en redor melancólicas miradas, aguardara a que naciera Ortega para entenderlo” [“Quijote en mano”, VII]. Quienes hayan seguido la obra de Alfonso Reyes sabrán que esta pulla traduce una vieja rencilla entre ambos, que puede remontarse por lo menos a 1927 cuando el español se va de Buenos Aires sin despedirse del amigo embajador mexicano, lo cual provoca, por supuesto y de inmediato, una airada e irónica carta de este autor de las *Meditaciones del Quijote*. Más tarde, Ortega dirá, desahogándose, que desconfiaba de Reyes por sus ojillos rasgados como de asiático. En su intercambio epistolar con María Zambrano a propósito de la figura moral de Goethe, a su vez Reyes estará polemizando implícitamente con el libro de Ortega y Gasset titulado *Goethe desde dentro*.

A los ojos de Alfonso Reyes, la interpretación de Ortega sobre *Don Quijote*, lejos de clasificarse entre las interpretaciones aberrantes, “pertenecen al grupo de la crítica libre y superior, poética, filosófica”, como expone Francisco A. de Icaza (“El Quijote durante tres siglos”).

Reyes advierte —y ése es uno de los rasgos de sus escritos en torno a *Don Quijote* y a Cervantes— la honda ambigüedad que se cierne en torno a la novela: “Cervantes es menos libre que Chaucer y que Shakespeare: la preceptiva solemne de la época se cierne sobre él y, sin embargo, su doble vista genial le lleva constantemente a contemplar otros cielos. De aquí la plena sazón de su obra”, como sostiene el crítico inglés W. Paton Ker en la reseña que Alfonso Reyes le escribe (“Sobre el Quijote”) acerca del ensayo.

Es tal vez esa ambigüedad entre lo acabado e inacabado, lo popular y lo artificial, lo vital y lo éticamente aceptable —no perdona, por ejemplo, a los Duques de la Segunda Parte, su frialdad y su dureza— lo que lo fascina y atrae una y otra vez a leer y releer la novela.



II

El ensayo sobre “Frestón” (“corrupción de Fristón, el fingido y sabio autor del *Belianis de Grecia*”, advierte Reyes, quien, por cierto, soslaya que el verdadero autor de esa novela fue el abogado Jerónimo Fernández, quien trabajaba para la Corte de Carlos V), el mago encantador a quien Don Quijote achacaba el robo de su biblioteca, tapiada en realidad por órdenes del Ama y la sobrina en connivencia con el cura y el barbero, ocupa en la Mitología del Libro el sitio del santo o maldito patrón de los enemigos de las bibliotecas, ya sean ladrones o plagas. Reyes descubre en Frestón “un símbolo salvador”, pues “los héroes no tienen libros”, y su presencia posee un sentido trascendente, mítico, pues nos advierte “que todo lo material parece”. Esta redención del bibliocidio es una trasvaloración característica del Alfonso Reyes quien está siempre dispuesto a examinar “el revés de un párrafo” y los párrafos al revés. Es muy probable, parece decirnos, que ni el personaje ni la novela “Don Quijote” hubiesen existido, si no hubiese estado ahí ese mago, ese sabio encantador, pues “¿Cómo queréis que esté apto para la cruzada (*todos tenemos una tarde o temprano, llega siempre* —subraya A. C.—), cómo pretendéis que esté ágil para salir, con el hatillo de las peregrinaciones a cuestras, aquel letrado que se esconde en su casa y padece sobre su vida el peso de diez mil volúmenes?”

Reyes escribe estas páginas siendo muy joven, probablemente antes de salir de México, hacia 1910, pero en todo caso antes de 1915. ¿Intuye, adivina, que el sabio encantador que hace desaparecer los libros, el santo patrón de los robos y las plagas librescas lo acompañará a partir de entonces y hasta 1939, es decir, durante más de 20 años a lo largo de esa su vida que fue como una cruzada de las letras? ¿Qué habrá pensado el regente de la Capilla Alfonsina al releer aquellas frases juveniles que hablaban de los “Diez mil volúmenes” ordenados en sólidos estantes. Estantes atornillados en el suelo y clavados en las paredes ¡imagen horrenda de la inmovilidad!?. Cierto: “los héroes no tienen libros”, pero los escritores leyentes, los autores lectores, sí, diría el Reyes viejo.

III

El ensayo de Alfonso Reyes sobre el “Licenciado Vidriera de Azorín” trasluce la simpatía del mexicano por la forma en que el maestro español se desnuda, se hace de vidrio, para deslizarse en la piel de ese Vidriera de las *Novelas ejemplares*. Azorín le descubre a Alfonso Reyes la conversación literaria que sostiene Cervantes con la tradición clásica y con los autores de su propio siglo —Lope, Pérez de Oliva, Fray Luís de León, Gracían. A Reyes le seduce Azorín pues él también *cervantea* y aunque lo prefiera a muchos de sus contemporáneos, prefiere no prodigarle elogios: “por tal de admirado con un poco de entendimiento” (II).

Leer al Quijote es ponerse al corriente de lo que sucede y sobre todo de lo que *no* sucede en la España aldeana, es ponerse al día “del tiempo que se pierde en España”. Tal es la clave de la literatura: rescatar el tiempo perdido, el tiempo que se pierde, buscar y fijar la huella de los días sin huella, “retratar pueblos y paisajes, tipos y costumbres rurales” refiriéndolo todo por medio de finas evocaciones a las escenas y pasos del Quijote. Ésta es una de las partes que más le tocaban a Reyes. Existen en su biblioteca algunos libros de fotógrafos noruegos y daneses que fueron a tomar fotos de la vida rural de la Mancha y que a él seguramente le ponían el alma en un hilo.

IV

En el comentario que hace Alfonso Reyes “Sobre el Quijote” al libro del crítico inglés W. Paton Ker recuerda, comenta la quién sabe si afortunada opinión de Lord Byron sobre el carácter del *Quijote*: *Cervantes smiled Spain's chivalry away* [Cervantes despidió sonriendo a la caballería española], que él discute en su ensayo, leído en 1908, en la Royal Philosophical Society de Glasgow: “¿Quiso Byron dar a entender que Cervantes acabó con la vieja moda caballeresca? ¿Quiso referirse a las nociones del honor? ¿Quiso referirse Byron al heroísmo y decir que Cervantes acabó con ese ‘sentimiento’?”

EL JUEGO DE LAS INTERMITENCIAS ENTRE LA LOCURA Y CORDURA ES UNA DE LAS CONSTANTES QUE APARECEN EN LAS DIVERSAS LECTURAS QUE HACE REYES DEL QUIJOTE

Reyes aclara que “las burlas del Quijote van contra la ridiculez de una moda que era profundamente popular: hasta Maritornes conoce los libros de caballerías”.

V

La conferencia “Cervantes en la literatura inglesa” del crítico y escritor cubano José Armas y Cárdenas (1866-1919), pronunciada en el Ateneo de Madrid, el 8 de mayo de 1916, cuando tenía cincuenta años, le sirve a Reyes en cierto modo para llevar agua a su molino y decir a través de la voz del reseñado que “a pesar de la boga del Quijote, las *Novelas ejemplares* lo aventajaban en proporcionar asuntos e ideas a los autores ingleses de la segunda mitad del siglo XVII”. Dicho esto, acaso se podría decir que era natural que al discípulo de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, le simpatizara profundamente el más inglés de los escritores españoles: “Según es bien sabido, era visitado por diplomáticos extranjeros” como “el escritor inglés John Mabbe”, quien se habría explayado ante el español sobre “las peculiares grandezas de Londres”.

VI

Otro escritor cubano, José María Chacón y Calvo —amigo de Reyes y con quien éste sostuvo una sustanciosa correspondencia—⁷, impartió una conferencia en Cuba el 10 de diciembre de 1916 titulada “Cervantes y el Romancero”. Reyes —siguiendo a Chacón— apunta que:

En la biblioteca de Don Quijote no había libros de romances, porque éstos eran aún cosa viva en boca del pueblo; a veces Don Quijote encontraba en ellos los vestigios de la caballería de que le hablaban sus libros. Y los romances aparecen siempre en perfecta correspondencia con el estado de ánimo de Don Quijote [...] Los romances carolingios, que se relacionan con la obra de Cervantes, se caracterizan por la galantería caballeresca, el espíritu aventurero, la idealización del amor y a un cierto ambiente exótico de misterio. Todo

esto, como se ve, concuerda con el espíritu de la obra cervantina: en los romances carolingios hay quijotismo. Así en el Guimar y en otros. En algunos independientes del ciclo carolingio hay también un ambiente maravilloso, aún más poético y vago —*La Infantina*, que todavía queda en Cuba, según investigaciones anteriores del mismo Chacón, y el *Conde Olinos*—. La fe en lo sobrenatural es mayor al acercarse al ciclo bretón. Al fin se borra la realidad y queda el sueño. En *Don Quijote* una y otros se mantienen vivos, como “síntesis de la ilusión humana”. El entremés de los *Romances*, sea o no de Cervantes, hace una locura quijotesca que procede directamente de los romances. [...] Dijérase que una misma fuerza determina la perpetuación de los romances viejos y la del *Quijote*. [Alfonso Reyes, “Cervantes y el Romancero”]

Cabe decir que Chacón y Calvo se encontraba hacia 1916 estudiando a Cervantes y estaba organizando una serie de conferencias sobre el mismo, amén de estar perfectamente enterado del ir y venir, del ser y del acontecer en el mundo de los hispanistas y cervantistas, como se muestra en su correspondencia.

VII

El texto que publica Alfonso Reyes sobre las “Novelas cervantinas” preparadas por Rodríguez Marín en el periódico *El Sol* de Madrid, en octubre de 1918, es muy cauteloso. En una carta fechada el 27 de diciembre de 1916 donde Reyes le responde a su amigo Chacón sobre la opinión que le merece este “talento anecdótico y folklorista”, le dice: “el grupo de la *Revista de Filología* no toma en serio para nada a Rodríguez Marín. Pero no olvide Ud. que en España son sumamente desdeñosos unos con otros. Yo, en lo personal, creo que ese hombre tiene algún talento literario, aplicado por desgracia a una obra de erudición inútil, nimia y nada inteligente. Sus opiniones “científicas” no las cuento. Sus textos de ediciones “críticas” no me hacen prueba plena. Sus chascarrillos me divertirían, si no pretendieran ser comentarios del *Quijote*”. Como se puede ver, a Reyes no era fácil darle gato por liebre ni folklóricas, bobas humoradas por erudición.

⁷ *Epistolario Alfonso Reyes, José M. Chacón*, Ed. Zenaida Gutiérrez Vega. Fundación Universitaria Española Madrid: 76.

VIII

Las páginas que dedica Reyes al libro del poeta y crítico mexicano Francisco A. de Icaza, *El Quijote durante tres siglos*, son un ejemplo de ese equilibrio que el autor de *Visión de Anáhuac* pide “entre la información del autor y sus facultades artísticas”. No cabe duda de que Icaza es uno de los maestros de Reyes. A sus ojos, “Icaza ocupa un sitio indispensable” entre “la historia científica de un Menéndez Pidal y la emoción lírica histórica de un “Azorín”, y no es Icaza de esos eruditos que “nos quieren dar por Himalaya el grano de arena de su microscopio”. Icaza sabe concentrar lo ya concentrado y producir quintaesencias, como ésta que cita Reyes y retomamos sobre lo que podría llamarse “la meteorología de la risa” en el *Quijote*:

El *Quijote*, como venimos viendo, fue en España en su origen una obra de clave y de tesis; de clave, por sus sátiras literarias contra personas determinadas —Lope de Vega, Juan de la Cueva, Suárez de Figueroa, etc.—: de tesis, porque atacaba la “perniciosa lectura de los libros de caballerías”. Fue además en el mundo entero, durante mucho tiempo, parodia viva y, como tal, libro de burlas y de risas; pero como cada pueblo ríe a su manera, se rió en España al modo picaresco con el estoicismo que igual nace de la incertidumbre del presente que de la fe en un mañana mejor, y que da penurias con alegrías y tristezas con sol. Se rió a carcajadas en Italia, por el cotejo con el *Orlando*, y en Portugal con el *Amadís*, viendo asimismo en las calles y tablados de la nación vecinal las caricaturas de la caricatura quijotesca; se rió mesuradamente en Francia, porque el tiempo de la risa de Rabelais había pasado ya; se sonrió en Inglaterra, construyendo el “rictus” irónico, y rióse en Alemania, a mandíbula batiente, con la risa del *Simplicissimus*. De todas esas risas —ya lo hemos visto también—, la única que tuvo eco en Rusia y en las regiones nórdicas fue el reír con sordina del siglo XVIII francés, en la adaptación de Florian. La triste Rusia y su arte desolado no rieron ya. ¿Cómo iban a reír de su propia imagen esos caballeros de la estepa tan parecidos al hidalgo de la Mancha?

Se puede observar también, sobre las ediciones preparadas por Rodríguez Marín, la divergencia de

punto de vista entre lo expresado por Alfonso Reyes que hemos citado atrás y la opinión que a Icaza le merecen dichos trabajos.

IX

Quizá una de las obras sobre *Don Quijote* con las que Reyes tuvo mayor afinidad sea la del italiano Giovanni Papini: *Don Chisciotte dell Inganno* (1916), cuyo asunto central —como en la obra antes citada de Mark van Doren— es la locura y el tema de quién engaña a quién, la cuestión del engaño (¿Don Quijote a todos y en particular a Cervantes? ¿Cervantes? ¿Sancho?). Además, el análisis de Papini le interesa, pues ha sabido dividir la novela en:

a) poesías burlescas o madrigales; b) novelas trágicas, patéticas, románticas; c) crítica literaria que a veces es directa y a veces en forma de parodia; d) “silva de varia lección”, o sea trozos retóricos sobre temas y lugares comunes ya medievales, ya humanísticos; e) y por medio de todo esto, se abre paso el argumento central: el *viaje* de todos los héroes ambulantes.

Aparte de esa clasificación, Reyes glosa con simpatía a Papini:

Los viajes son los libros más profundos y populares: *La Odissea*, *La Eneida*, *La Commedia*, *Gulliver*, *Robinson*, *Simbad*, las *Cartas persas*, *Fausto*, las *Almas muertas*, etc. Todo gran libro es un remedio del Juicio Final, y para juzgar a los hombres hay que viajar y conocerlos. El hombre mismo es un peregrino. Don Quijote está cansado de la vida usual y casera; no le queda más liberación que la locura. Si sólo fuera un cristiano ideal, hubiera imitado a Jesús, como San Francisco.

El juego de las intermitencias entre la locura y cordura es una de las constantes que aparecen en las diversas lecturas que hace Reyes del *Quijote*, cuyo personaje central “inventó hacerse caballero por que los hombres, creyendo burlarse de él le sirvieron de bufones”. Don Quijote puede ser por eso emblema del hombre moderno pero, más en particular, del escritor y el intelectual. La novela de *Don Quijote* formará así

como una suerte de “casa de los espejos” donde el hombre juega a perder su imagen y su alma.

X

La cuestión de las fuentes literarias del novelista Cervantes es algo que fascina a Reyes, ¿De dónde venía Cervantes? ¿En qué manantiales había bebido?

Una repuesta parcial y certera a esa cuestión en lo que concierne a *Persiles y Sigismunda*, es la de Reyes en el ensayo sobre el humanista Antonio de Torquemada: “De un autor censurado en *El Quijote*” (1948). En el elegante y educado ensayo en torno a este tema, Reyes parece subrayar, como en un susurro, que Cervantes era un lector atentísimo que sabía transvasar y trasladar, injertar y dar vida en su propia obra a las obras de otros escritores que le habrían servido como cantera e inspiración, tal es el caso de Torquemada en relación con la obra final de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Octavio Paz ha deletreado en sus propios versos los poemas de otros: Neruda, Villaurrutia, Lope, Alberti (su biografía literaria poética conjugaba la historia literaria a través del homenaje, la imitación, el pastiche, la alusión. A su vez, Carlos Fuentes en *Cristóbal nonato* practica con “la novela de la onda” ésta fecunda suerte de canibalismo literario).

Este ensayo muestra a un Reyes atrevido y audaz hasta el punto de bajar a Cervantes de su pedestal y tratarlo con informada familiaridad, como si estuviese encarándolo al tú por tú, a la manera en que lo hubiese atrevido alguno de sus contemporáneos. No sólo eso. El ensayo está animado por un rescoldo travieso y audaz, un *sí es no es insolente* pues en él —y sobre todo en las Apéndices que lo acompañan presentando tramos de *El jardín de flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada—, Reyes se mide con Cervantes, y para echar mano de una voz acuñada por Juan Goytisolo, *cervantea* y se pone a escribir o re-escribir a Torquemada de la misma forma en que Cervantes lo re-escribió, según había apuntado Marcelino Menéndez y Pelayo. El mérito de Reyes —y de paso: su secreto— estriba en haber seguido las observaciones que había hecho el crítico español en su antología *Los orígenes de la novela* para

sacarles todo el jugo. Los cuentos de Torquemada re-escritos por Reyes cabrían ser incluidos en una antología de la narrativa mexicana contemporánea.

Algunas de estas observaciones le permitieron a don Alfonso, refinándolas y documentándolas, tomar por asalto a Cervantes y, por así decir, desnudar su talante plagario, como si hubiese sido —y ése es el punto— uno de esos ingeniosos contemporáneos de Cervantes que lo criticaban. Pero Reyes sabe que la novela de *Don Quijote* era un animal perfecto, demasiado perfecto, y que se había erigido en un baluarte mítico y mitificado de la cultura hispánica. Entonces, conociendo a Cervantes, elige una de sus obras menos conocidas y valoradas: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, novela compleja y complicada, literalmente “bizantina”; novela que denuncia la entraña medieval más que renacentista de un Cervantes arcaizante como el autor de *La Galatea*, que había tenido el genio y/o la fortuna de atinar con la escritura de *Don Quijote* a fraguar, galvanizándolas, las venas secretas de su tiempo.

Este procedimiento tangencial es típico del estratega crítico que fue Alfonso Reyes, quien sabía que es más practicable atacar una fortaleza desde un *plano oblicuo* y, si no por atrás, por la tangente y que, al tocar la esfera cervantina por el lado de las asíntotas, le podía imprimir un nuevo giro, un nuevo movimiento. El ensayo sobre Torquemada fue escrito en 1947 y publicado un año después. Muy pocos lo entenderían. Es hasta ahora uno de los textos menos estudiados de Reyes, e incluso entre los cervantistas más afilados ha sido relegado a un segundo plano. No se le cita, hasta donde sabemos, en ninguna de las ediciones modernas de la novela *Persiles y Sigismunda*, ni mucho menos en la edición y en los estudios modernos que sobre Antonio de Torquemada se han publicado en los últimos años. Cuando más, se le ha visto como una de las excentricidades de Alfonso Reyes, un incomprensible e inservible destello de erudición, sin darse cuenta de que, a través de sus páginas, Reyes estaba planteando una pregunta candente e insoslayable acerca de la forma en que se resuelve en la obra de Miguel de Cervantes la ecuación entre tradición y talento individual, entre saber adquirido e innovación experimental. »